



PETER HEATHER

LA
RESTAURACIÓN
DE ROMA

BÁRBAROS, PAPAS Y PRETENDIENTES AL TRONO

CRÍTICA

PETER HEATHER

LA RESTAURACIÓN
DE ROMA

BÁRBAROS, PAPAS
Y PRETENDIENTES AL TRONO

Traducción de
Silvia Furió

CRÍTICA
BARCELONA

Capítulo 1

GENS PURPURA

En torno a 507, el gobernante de Italia, Teodorico el godo, escribió a Anastasio, emperador romano oriental en Constantinopla:

Sois el ornamento más hermoso de todos los reinos; sois la defensa saludable del mundo entero, a la que los demás dirigentes admiran con legítima reverencia, porque saben que en vos hay algo distinto de los demás: nosotros sobre todo, que con la ayuda Divina aprendimos en vuestra República [Constantinopla: Teodorico pasó diez años en esta ciudad cuando era niño] el arte de gobernar a los romanos con equidad. Nuestra realeza es una imitación de la vuestra, modelada según vuestros buenos propósitos, una copia del único imperio; y en la medida en que os seguimos, aventajamos a todas las demás naciones.

Una carta extraordinaria. Para los romanos de cualquier época, Teodorico solo podía ser considerado un bárbaro. Sin embargo, aquí tenemos a un rey godo que proclama estar copiando los ideales romanos. Esto es tan famoso como extraordinario, y como es lógico, ha sido citado a menudo como muestra del constante dominio psicológico ejercido por Roma una generación después de la última entronización de un emperador occidental con el color púrpura.

No obstante, si se mira con más detenimiento, muestra mucho más que esto. Al igual que muchas cartas diplomáticas escritas en cualquier época de la historia de la humanidad, está redactada siguiendo una especie de código que transmite cuidadosamente todo su significado mediante una serie de convenciones entendidas perfectamente por ambas partes originales de la correspondencia. En este caso, la clave la proporcionan las acostumbradas reivindicaciones ideológicas que sustentaban la comprensión del propio estado imperial romano. Las ideologías romanas aseguraban que la existencia del imperio estaba tan íntimamente vinculada a los planes de la divinidad caritativa para conducir a la humanidad a su máximo potencial posible que en realidad era el poder divino providencial el que le había dado la existencia y, por consiguiente, lo respaldaba. Siendo la extensión de un conjunto de ideas que se había articulado rigurosamente para los autoengrandecidos y profundamente no cristianos sucesores de Alejandro Magno (y por ello a menudo calificado de realeza helenística), requirió pocas alteraciones cuando el emperador Constantino declaró su adhe-

sión al cristianismo. La afirmación del apoyo divino para una misión ordenada por una divinidad siempre fue constante: la deidad que proporcionaba dicho apoyo simplemente se identificó con el Dios cristiano, y el propósito de la misión se reajustó a la difusión del Evangelio cristiano.

Interpretadas en relación a esta ideología, las observaciones de Teodorico resultan mucho menos deferenciales. La expresión crucial es «ayuda Divina» (*auxilio divino*). Al emplearla, el godo dejaba claro a Anastasio que, en su opinión evidentemente (nadie sabe lo que pensó el emperador oriental cuando se lo leyeron, aunque se podría aventurar una suposición), la capacidad de Teodorico para regir Italia como un auténtico gobernante romano no era producto de la casualidad ni de sus capacidades personales perfeccionadas por los diez años de observación de la romanidad en acción en Constantinopla (aunque esto influyó), sino fundamentalmente de la intervención directa de Dios. La plataforma central de la ideología del estado romano era la afirmación de que el imperio existía porque constituía la clave del plan divino para la humanidad. La alegación paralela de Teodorico de que la divinidad respaldaba su propia capacidad de gobernar de forma auténticamente romana equivalía a la declaración de que él, junto con el reino que gobernaba, eran tan legítimamente «romanos», es decir, decretados por la divinidad, como el propio imperio oriental. Como se evidencia en esta carta, la romanidad de Teodorico no provenía indirectamente del imperio oriental, sino directamente de Dios. ¿Quién era aquel godo engreído que hacía aquellas extraordinarias declaraciones, y qué había en aquella aseveración de su propia romanidad?¹

«GETICA»

La primera imagen que se ha conservado del joven Teodorico es la de un muchacho de siete u ocho años enviado como rehén a la gran capital del Imperio Romano de Oriente: Constantinopla. Era el año 461, más o menos, y a pesar de ser tan joven, Teodorico tenía un importante papel que desempeñar. Su tío acababa de cerrar un acuerdo diplomático con el entonces emperador oriental León, a consecuencia del cual se le concedía ayuda extranjera, o una subvención, llámesele como se quiera, de aproximadamente trescientas libras de peso en oro al año. A cambio, el joven Teodorico fue enviado a Constantinopla como encarnación física de una de las cláusulas de seguridad del acuerdo. Todo esto era pura rutina. Desde tiempos inmemoriales, Roma había exigido rehenes de alto rango como garantía del cumplimiento de los tratados.²

La imagen proviene del *Origen y hazañas de los godos* o *Getica*, de un tal Jordanes, compuesta en Constantinopla en torno al año 550, un texto que ha desempeñado un papel prominente en la moderna comprensión de quién fue en realidad aquel niño. Más tarde, cuando ya estaba asentado en el trono de Italia, a Teodorico le gustaba afirmar (especialmente a los soberanos extranjeros) que pertenecía a una dinastía purpurada única (es decir, imperial): una *gens purpura*. Su propia legitimidad surgía del hecho de que miembros de su familia habían gobernado a los godos sin oposición durante diecisiete generaciones en el momento en que el poder cayó

en manos de su nieto y sucesor Atalarico en la década de 520. La *Getica* de Jordanes se ha utilizado como importante soporte narrativo para esta afirmación, puesto que el texto no solo incluye una genealogía completa de la familia Amal de Teodorico (Figura 1), sino también una variedad de historias acerca de algunos de sus miembros más distinguidos.³

No obstante, antes de asumir la totalidad de esta visión, es importante analizar más de cerca sus fuentes. Una de las principales, como afirma Jordanes en su prefacio y como confirma una comparación más amplia con otros escritos que se han conservado del autor, era una historia de los godos hoy perdida escrita por el senador romano Casiodoro, a quien volveremos a encontrar en el siguiente capítulo. Jordanes nos cuenta que solo tuvo acceso a la *Historia Gothorum* de Casiodoro durante tres días, pero lo verdaderamente importante es que Casiodoro tenía información privilegiada en la corte de Teodorico y compuso su historia mientras servía al rey. Con esto, evidentemente, queda socavada la afirmación de que Jordanes proporciona confirmación independiente del estatus real único de la familia Amal, puesto que tanto las declaraciones de Teodorico como el respaldo histórico de la *Getica* derivan en última instancia del mismo contexto: la corte del propio Teodorico.⁴ Una vez reconocido esto y tras investigar un poco más en las fuentes, enseguida surge la posibilidad de arrojar un poco más de luz sobre la verdadera historia familiar del joven Teodorico el Amal, cuyo caballo entró a paso lento en Constantinopla a comienzos de la década de 460. No cabe duda de que pertenecía a una familia bastante importante, pues de lo contrario, y para empezar, no hubiera sido enviado a Constantinopla como rehén. No obstante, aquella grandeza era más reciente y a la vez más limitada de lo que después pretendería Teodorico.

Su padre era el mediano de tres hermanos, Valamer, Tiudimer y Vithimer por orden de nacimiento, que aparecen en fuentes razonablemente fiables como líderes a finales de la década de 450 de un considerable grupo de godos que anteriormente había estado subordinado, durante varias décadas, al imperio húnico de Atila, cuya carrera de terror en la década de 440 se había extendido desde las murallas de Constantinopla hasta las afueras de París. La visión tradicional de la familia Amal, que descende directamente de la clase de información que Teodorico tendía a difundir en Italia, es que había gobernado a la mitad de todos los pueblos godos, es decir a los ostrogodos o a los «godos orientales», por lo menos desde mediados del siglo III d. C. A la otra mitad se la denomina convencionalmente visigodos («godos occidentales»), cuya historia se considera en gran medida separada de la de sus primos dominados por los Amal, a partir también del siglo III. Sin embargo, todo esto es una fantasía generada directamente por la propaganda del propio Teodorico. La grandeza de la dinastía Amal, anterior a los espectaculares éxitos acaecidos durante la vida de Teodorico, era mucho más limitada que la imagen que los modernos comentaristas han hecho surgir a raíz de las posteriores pretensiones del rey.

En primer lugar, los godos que quedaron en la Europa central y oriental en torno al año 463 distaban mucho de estar unidos. Aparte de los godos dirigidos por el padre y dos tíos de Teodorico, asentados en algún lugar de la vieja provincia romana de Panonia alrededor de lo que hoy es el lago Balatón, en la moderna Hungría, había otro grupo numeroso de aliados godos que vivía mediante tratado en el territorio

romano oriental de Tracia. Encontramos un tercer grupo moderadamente extenso todavía bajo dominio de los hunos (donde los hallamos hasta 467) y otros dos grupos godos más separados, aunque al parecer más pequeños, en Crimea y en la costa oriental del mar de Azov. Por supuesto, los números no son exactos, pero como mucho, la familia Amal pudo haber dirigido solo una cuarta parte aproximadamente de los godos de la Europa central y oriental que conocemos cuando el poder de los hunos se desmoronó. Esto no tiene en cuenta la posibilidad perfectamente real de que pudiera haber otros grupos de godos de los que no sabemos absolutamente nada.⁵

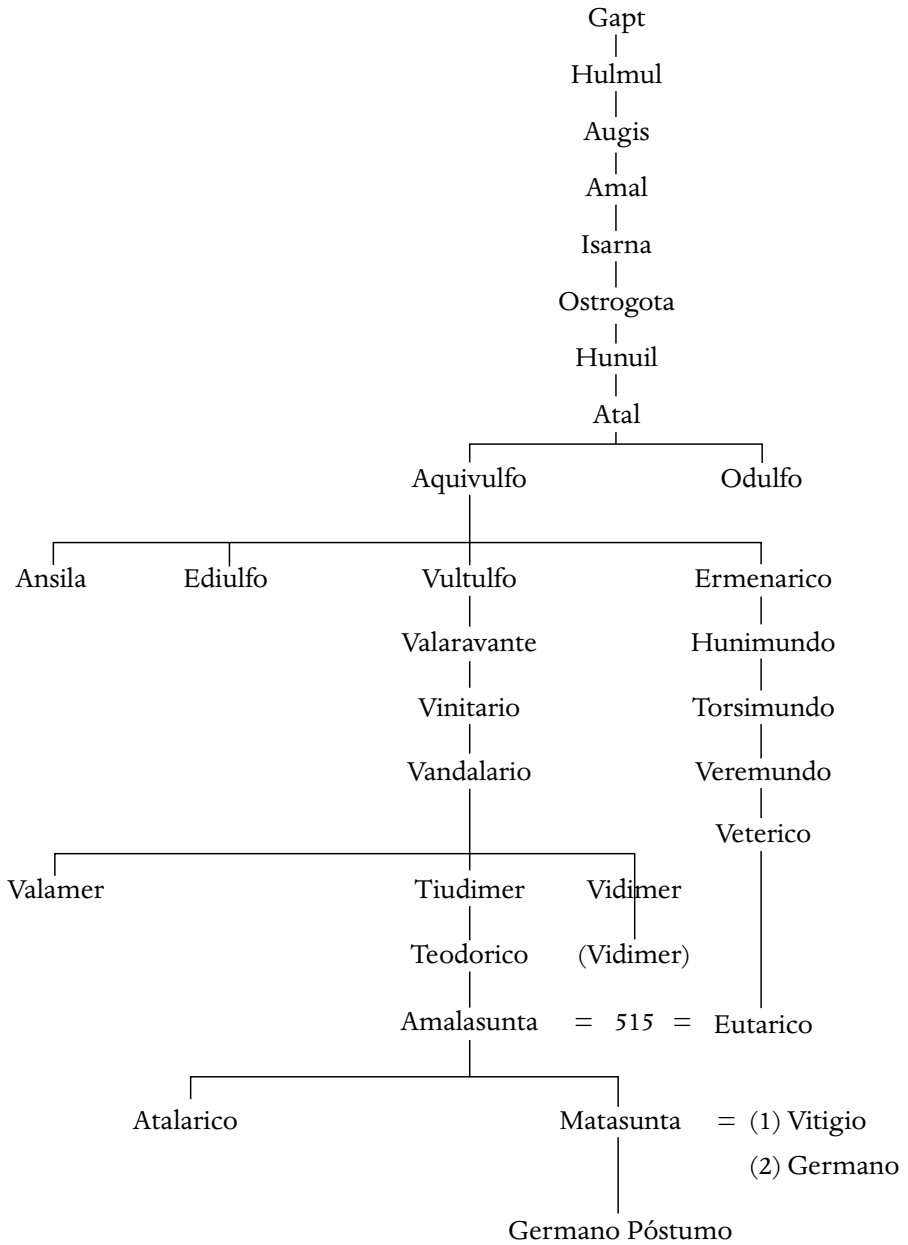
Asimismo, el indiscutible gobierno de los hermanos Amal sobre los godos panonios fue una creación reciente. Un fragmento de narración mal interpretado de la *Getica* sorprende a la pretendida grandeza de Amal con las manos en la caja registradora de la historia. Lo que describe este pasaje no son, como se piensa, algunos de los éxitos de una conquista húnica de los godos (que atribuye a Valamer), sino los comienzos de la carrera del tío de Teodorico, el propio Valamer. El cuadro es electrizante. Lejos de ser el último de una larga lista de reyes ejerciendo un dominio indiscutido sobre la mitad de los godos, muestra a Valamer abriéndose camino a codazos hacia la cabeza de un grupo de líderes godos aliados en la guerra. Empieza matando personalmente a un tal Vinitario y casándose con la nieta de la víctima, Vadamerca. Al mismo tiempo, un linaje rival compuesto por un padre (Hunimundo), dos hermanos (Torsimundo y Gensimund) y un nieto (el hijo de Torsimundo, Veremundo) fue eliminado a conciencia. Tras varias muertes de la anterior generación, Gensimund decidió aceptar lo inevitable y renunció admitiendo la autoridad de Valamer, mientras que Veremundo se trasladó con sus seguidores personales hacia el oeste apartándose de la competencia. La prominencia de Valamer y sus hermanos a finales de la década de 450, incluso sobre los godos panonios, fue resultado de cruentas luchas de múltiples rivales entre sí, todos ellos probablemente surgidos a partir de la muerte de Atila en 453, puesto que las técnicas de administración de este último en general no toleraban la existencia de dirigentes superpoderosos entre sus pueblos súbditos.⁶

En realidad, lo que hace este material es convertir la dinastía Amal en una bonita historia familiar del siglo v. Para ser el líder indiscutido de un gran grupo de guerreros se requerían fuertes palancas de poder. Hay muchas variaciones posibles en los detalles, pero esto siempre significaba una mezcla entrelazada de palo y zanahoria: la suficiente fuerza bruta para evitar que los potenciales adversarios volvieran las armas en contra de uno, combinada con un abundante flujo de dinero en metálico para mantener satisfecho a un buen número de soldados de a pie y líderes intermedios, en realidad para generar aquella fuerza bruta. No obstante, ambas cosas, pero sobre todo el dinero, tendrían a ser relativamente escasas en las economías no complejas características del mundo más allá de las fronteras europeas de Roma antes de la llegada de los hunos. Por ejemplo, con anterioridad a 400 d. C. todo cuanto se suele encontrar en contextos arqueológicos no romanos es una modesta cantidad de plata y casi nada de oro. No es que no hubiera oro en circulación; lo que ocurría es que era demasiado valioso como para ser enterrado con el difunto o para que alguien lo perdiera con regularidad.

Las economías no romanas básicamente agrícolas solo producían pequeños excedentes anuales que podían sustentar solamente a un número limitado de especialistas no agricultores. Por consiguiente, tanto los guerreros profesionales a tiempo completo como el dinero contante con el que se compraban sus servicios distaban de ser abundantes, y solo bajo circunstancias sumamente excepcionales (que en general implicaban el acceso a los fondos romanos por medios lícitos o no) podían reunir los reyes del otro lado de la frontera la suficiente fuerza militar para dominar grandes espacios geográficos. Las realezas a pequeña escala, dirigidas esencialmente por compañías de líderes guerreros, constituían el orden natural del día, no las grandes dinastías imperiales; las grandes hegemonías tendían a ser predominantemente temporales, limitadas al período de vida de líderes especialmente efectivos.

El auge y caída del imperio húnico de Atila alteró esta situación de dos maneras fundamentales. En primer lugar, hubo una explosión de oro en el mundo no romano más allá de la frontera, en especial en el corazón de las tierras del Danubio medio de los hunos. La riqueza mueble romana fue el objetivo central de las campañas de los hunos, tanto si se la llevaban como botín como si era en forma de subvenciones anuales que aumentaban con cada victoria de los hunos hasta un máximo de 2.000 libras de peso por año. Esto no solo queda patente en los textos, sino que también se refleja en la arqueología, donde la nueva riqueza de la era húnica se pone de manifiesto en gran número de enterramientos ricos en oro. Por lo tanto, cuando la hegemonía húnica empezó a desmoronarse a mediados de la década de 450, había una abundancia de riqueza suficiente para generar una intensa competencia entre líderes rivales, como el tío de Teodorico y sus adversarios, que habían conformado el liderazgo de segundo rango del imperio, y para mantener a corto plazo las grandes estructuras políticas que sus conflictos tendían a crear.

En segundo lugar, incluso después de que las cosas se descarriaran a mediados de la década de 450, el efecto general del período húnico —el producto combinado de las victorias de Atila y la mayor concentración de efectivos militares que había reunido para conseguirlas— cambiaría el equilibrio estratégico de poder a largo plazo en la frontera del Danubio, lejos del imperio romano. Las autoridades imperiales de Oriente y Occidente tenían ahora que lidiar con fuerzas vecinas mucho más numerosas y militarmente más efectivas. Esto significaba que las nuevas potencias que se formaron en torno a figuras como Valamer en la década de 450 eran capaces de conservar por sus propios méritos (o no) el acceso a la riqueza de Roma mediante una combinación de traslados a superficies de territorio anteriormente romano que todavía tenían economías más desarrolladas que cualquier otro lugar más allá de la frontera, y estableciendo relaciones políticas con el estado romano que implicaban el pago de subsidios. Cuando el poder de los hunos empezó a ceder, cosa que hizo sorprendentemente rápido en la década posterior a la muerte de Atila, y se eliminó el freno impuesto a la centralización política entre grupos súbditos como los godos, rápidamente se formaron nuevos agrupamientos militarmente efectivos entre los antiguos súbditos de los hunos. Aparte de pelear entre sí, empezaron a codiciar parcelas del antiguo territorio romano occidental y potenciales subsidios romanos orientales.



Genealogía Amal

Valamer siguió al pie de la letra ambos elementos de esta receta para el éxito. Poco después de la eliminación de sus inmediatos rivales godos, lo encontramos en posesión de parte de la vieja provincia romana occidental de Panonia, y presionando para obtener ayuda extranjera de Constantinopla. El joven Teodorico trotó hacia Constantinopla precisamente como una de las garantías del trato que a cambio enviaría 300 libras de oro al año a Valamer, una cantidad de dinero contante que le venía muy bien a la hora de convencer a los guerreros de que merecía su lealtad. De hecho, los testimonios arqueológicos dejan muy claro cómo Valamer y sus pares usaron esta riqueza para obtener apoyo político. Los restos de la Europa central posterior a los hunos arrojan una mezcla de importaciones romanas, en particular ánforas de vino y algunos ornamentos personales extremadamente valiosos para hombres y mujeres. Las fiestas y la joyería ostentosa proporcionaban una excelente fórmula para dejar la impronta del propio poder en potenciales seguidores. La correlación entre dinastas no romanos trasladándose a (o cerca de) territorio romano, y su capacidad de utilizar la riqueza romana para apuntalar su poder atrayendo a un cuerpo militar de apoyo mucho mayor del que antes se había podido reunir, había sido y seguía siendo una sólida correlación cuando el Imperio de Occidente se desmoronó en el siglo v.⁷

Encontramos dicha correlación operando, por ejemplo, entre los vándalos y los visigodos que fundaron estados sucesores de Roma, respectivamente, en África del Norte y el sur de la Galia e Hispania en la primera mitad del siglo v. Los dos empezaron como alianzas libres de grupos separados con sus propios liderazgos independientes, y acabaron centralizados bajo un único líder solo en suelo romano. En el caso de estos grupos, las posibilidades positivas abiertas por la mayor riqueza del mundo romano no solo facilitaron la centralización del poder, sino también que su unidad creciera en un momento en que el estado romano occidental todavía era lo bastante poderoso como para amenazar con destruirlos. El detalle histórico conservado en nuestras fuentes pone de relieve que el impulso negativo proporcionado por una amenaza romana todavía enérgica desempeñó un importante papel al sembrar en los grupos originariamente independientes, de los que ambos estaban compuestos, la voluntad de anular sus prolongadas tradiciones de separación y crear las relaciones políticas en las que se basarían los nuevos agrupamientos.

No obstante, en muchos aspectos el paralelo más próximo de la historia de los Amal nos lo proporciona la dinastía franco-merovingia, cuyo poder, al igual que el de la familia de Teodorico, fue un fenómeno sustancialmente posromano, no negociado por ninguna amenaza imperial efectiva. En este caso, la historia escrita por el obispo Gregorio de Tours en la década de 590 proporciona pelos y señales. En la era del desplome político del occidente romano, el merovingio Childerico adquirió considerable prominencia en lo que hoy es Bélgica, permitiendo que su hijo Clodoveo heredara un reino razonablemente poderoso ubicado en Tournai c. 480. La posterior trayectoria de Clodoveo amplió el dominio merovingio por toda Francia, y en grandes extensiones de territorio no romano al este del Rin. Al mismo tiempo, como es sabido, se convirtió al catolicismo, y ambos acontecimientos le han otorgado un lugar destacado como «fundador de la nación» en los mitos de la Francia moderna. No obstante, tan importante como sus conquistas de nuevos territorios, y en mi opinión

quizás la clave de estas, fue el hecho de que Clodoveo eliminara a una serie de líderes guerreros rivales y añadiera a sus filas a los enemigos supervivientes. Tal como nos cuenta Gregorio, Clodoveo aniquiló con seguridad a siete rivales. Algunos de ellos eran por lo menos parientes lejanos (también es posible que algunos de ellos despacharan a Valamer) y Gregorio cierra los capítulos con un discurso que supuestamente pronunció Clodoveo en una asamblea de los francos:

¡Qué cosa tan triste es vivir entre extraños como un peregrino solitario, y que no me quede ningún pariente para ayudarme cuando se cierne el desastre!

El comentario de Gregorio es característico de su oscuro sentido del humor:

Dijo esto no porque lamentase sus muertes, sino porque a su taimada manera todavía esperaba encontrar a algún pariente en el reino de los vivos a quien poder matar.

Si Valamer hubiera tenido la bendición de contar con un historiador de la talla de Gregorio de Tours, posiblemente habría encontrado algo similar que poner en boca del gran fundador del poder Amal. Sin duda, las trayectorias de ambos discurren paralelas. Pero todo esto no hace más que replantear con mayor urgencia la pregunta con la que comenzamos. ¿Cómo llegó el sobrino de un oscuro líder guerrero godo a obtener los beneficios de un emperador romano elegido por Dios?⁸

CONSTANTINOPLA

No hay constancia de lo que pensaba el joven rehén godo de su nuevo entorno ni de la ansiedad que pudo sentir, pero en 463 lo que había sido la pequeña y relativamente mediocre, aunque sin duda antigua, ciudad griega de Bizancio en el Bósforo se había transformado en una poderosa capital imperial. El proceso había durado menos de 150 años, iniciado en la década de 320, tras algunas vacilaciones, por el mismo Constantino que había convertido el cristianismo en la religión oficial del imperio. En un determinado momento, experimentando un arrebato de clasicismo, y sin duda influenciado por la vieja reivindicación romana de que su ciudad había sido fundada por los supervivientes huidos de la destrucción de Troya, el emperador había pensado reconstruir las torres sin coronar de Ilium. Las fuentes también documentan que en otro momento Constantino declaró con audacia que «Serdica [Sofía, capital de la moderna Bulgaria] es mi Roma». Sin embargo, no resultó más que otro falso comienzo, pues su elección final recayó en Bizancio, ubicada en una península estratégicamente situada para controlar el cruce del Helesponto desde Europa a Asia, y provista de abundantes fondeaderos protegidos para resguardar grandes flotas, tanto en el Bósforo como en el Cuerno de Oro que serpentea por la costa oriental.

En la primera generación, la decisión de Constantino no pareció un acontecimiento trascendental. Muchas estructuras estaban a medio construir cuando murió el emperador en 337, porque tuvo problemas a la hora de convencer a los ricos terratenientes del imperio oriental para que se trasladasen a su nueva capital, y quedó tam-

bién por resolver un problema fundamental de suministro de agua. Como en muchas penínsulas del litoral mediterráneo, supuso un gran esfuerzo abastecer de agua suficiente para las necesidades de los pocos miles de habitantes de Bizancio en la década de 320, por no mencionar las grandes masas de todas las clases sociales que acudían en tropel a la capital imperial, en busca de oportunidades de trabajo, distribución gratuita de alimentos y extravagantes diversiones que podían esperarse. De hecho, muchos emperadores romanos a lo largo de los años convirtieron sus ciudades favoritas en nuevas capitales que duraron quizás una o dos generaciones a lo sumo antes de que el capricho o nuevas circunstancias obligasen a otra reubicación política y administrativa.

Constantinopla fue una excepción. Dos acontecimientos políticos clave bajo el gobierno del hijo de Constantino, Constantino II, instalaron el poder político de modo permanente en el interior de sus murallas. En primer lugar, el nuevo emperador creó allí un Senado imperial para la mitad oriental del imperio romano, con la intención de igualar la grandeza de su paralelo romano. Esta vez sí se ofrecieron suficientes incentivos y un segmento representativo de ricos terratenientes del Mediterráneo oriental se trasladó a nuevas casas, deberes y honores junto al Bósforo. A partir de entonces, el Senado de Constantinopla se convirtió en la principal audiencia política del programa imperial: los hombres a los que había que vender y justificar las políticas imperiales, y cuya permanente importancia en las provincias de las que procedían convirtieron su apoyo a las iniciativas imperiales en una condición *sine qua non* para el éxito de su aplicación. En segundo lugar, el siglo IV en general fue testigo de una constante expansión en tamaño de los departamentos burocráticos centrales del imperio. Esto se produce exactamente del mismo modo en Oriente como en Occidente, pero en la mitad oriental del imperio todos los nuevos departamentos estaban firmemente ubicados en Constantinopla, aportando con ello un mayor refuerzo de personal importante y de actividades a la ciudad. Estas dos condiciones hicieron imposible ejercer un poder central efectivo desde ningún otro lugar del Mediterráneo oriental. Una vez firmemente instalado el poder central en aquel enclave, la voluntad quedó automáticamente ubicada allí también para resolver todas sus dificultades logísticas y proveer a la nueva capital del apropiado equipamiento. Por consiguiente, cuando Teodorico llegó a Constantinopla, el lodazal entre pequeño y mediano que había sido la ciudad griega había emergido de su crisálida transformado en una extraordinaria mariposa metropolitana.⁹

Procedente del noroeste, por la principal carretera militar a través de los Balcanes, el joven godo entró en la ciudad por la Puerta de Charisius. Era la más septentrional de las puertas principales que atravesaba las murallas territoriales de Teodosio que protegían la ciudad. Pocas veces ha estado una ciudad tan bien guardada. El primer obstáculo que había que cruzar era un foso de veinte metros de ancho y diez de profundidad; a esta muralla le sucedía, a veinte metros de terreno llano baldío propicio para la matanza, la muralla exterior de dos metros de grueso en la base y de ocho metros y medio de altura, salpicada por un total de noventa y seis torres, situadas a intervalos de cincuenta y cinco metros. A continuación había otra explanada de veinte metros antes de llegar por fin a la poderosa muralla principal: cinco metros de grueso y doce de alto, reforzada con otras noventa y seis torres ubicadas entre las de

la muralla exterior, de veinte metros desde la base hasta la almena. Construidas en torno a 410 d. C., y todavía visibles en gran parte en la moderna Estambul, eran tan fuertes que protegían de las aproximaciones por tierra a la ciudad hasta que un cañón finalmente abrió una brecha en la que, según algunas versiones, el 23 de mayo de 1453, el último emperador bizantino, Constantino XI, murió combatiendo.¹⁰

Teodorico no tenía ningún cañón, ni él ni nadie en el siglo v, por lo tanto, a los ojos de un niño de ocho años, las fortificaciones de la ciudad debieron de producirle una sensación de poder abrumador. Debía de saber que habían resultado lo suficientemente fuertes como para mantener alejado a Atila el Huno menos de veinte años antes. El circuito de la muralla, por excelentes razones militares, estaba situado en terreno elevado, y alcanzaba su máxima altura en la parte norte, por donde entró Teodorico. Después de atravesar la puerta y la arcada, la metrópolis imperial entera se extendía ante él.

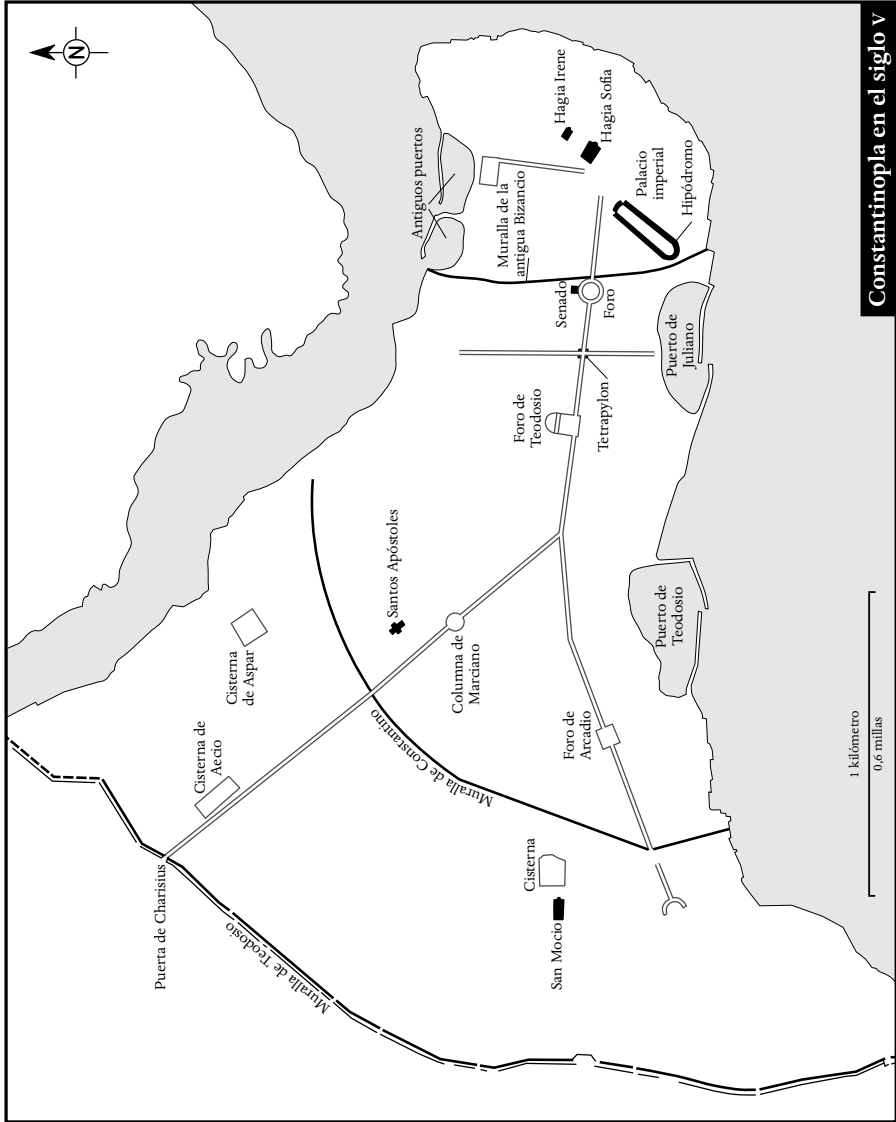
El efecto inmediato tan solo pudo ser el asombro. Teodorico acababa de entrar procedente de la llanura del Danubio medio, al oeste de los Cárpatos de la moderna Hungría, donde había pasado sus primeros seis años. En el alto período romano, aquella había sido una región fronteriza fuertemente defendida, que había recibido grandes inversiones imperiales y gozado de gran prosperidad en los cuatro primeros años de nuestra era. Bases de legionarios salpicaban el curso del río, y, debido al poder adquisitivo de los soldados, crecieron verdaderas ciudades romanas, mientras que el potencial agrícola de las tierras del interior era explotado por legionarios retirados, nuevos colonos procedentes de Italia y poblaciones nativas convertidas en romanos totalmente pagados. Como bien han demostrado múltiples excavaciones, en su momento álgido la región contaba con ciudades amuralladas, templos que fueron convertidos en catedrales con la llegada de los cristianos, teatros y anfiteatros, acueductos, redes de carreteras, estatuas, gobiernos municipales, inscripciones y villas en gran abundancia. Sin embargo, todo esto fue antes de los años de crisis del desplome del occidente romano, y aparte de un puñado de villas fuertemente fortificadas, quizás originariamente imperiales, que los nuevos dirigentes de aquellas tierras adaptaron a sus propósitos, a mediados del siglo v el resto estaba en ruinas. Todavía había un buen número de habitantes, y algunos vivían en los viejos enclaves, pero nadie conservaba nada de las antiguas tradiciones culturales, por consiguiente, las construcciones de piedra y las estatuas se convirtieron rápidamente en escombros, las togas se habían abandonado para siempre y la mayoría de las villas llevaban tiempo destruidas.¹¹

El contraste entre las ruinas de la vieja prosperidad provincial romana y el absoluto esplendor imperial metropolitano de la Constantinopla de mediados del siglo v no podía ser mayor. Lo primero que impactó en sus sentidos fue el puro tamaño de la ciudad. Cronológicamente, las murallas de Teodosio eran el tercer conjunto de la ciudad. La antigua ciudad griega de Bizancio tenía el primer conjunto; estas circundaban una zona rectangular en el extremo de la península de unos dos kilómetros por uno y medio (Figura 2). Las murallas añadidas por Constantino en la década de 320 triplicaron el recinto cerrado, y después las del emperador Teodosio lo duplicaron otra vez. No toda la zona cerrada estaba construida, pues había extensos mercados en jardines y parques, especialmente entre los muros de Teodosio y Constantino,

pero ya en 463, la ciudad típica romana tardía de unos diez mil habitantes se había convertido en la ciudad más grande del Mediterráneo, con una población estimada de más de medio millón.

Por el camino se habían resuelto enormes problemas logísticos. Parte de la solución de uno de los más acuciantes apareció a la vista de Teodorico inmediatamente a su izquierda mientras se alejaba de la puerta cabalgando. La zona entre las murallas de Teodosio y Constantino albergaba los tres enormes embalses al aire libre de la ciudad, uno de los cuales, el de Aecio, estaba junto al camino de Teodorico. Todavía pueden verse los restos (por lo menos mientras se escribe esto), cada uno albergando viviendas de aspecto provisional y un par de campos de fútbol. Estos lagos artificiales estaban complementados con más de cien cisternas subterráneas más pequeñas con una capacidad total de almacenamiento de más de un millón de metros cúbicos. Aunque esta es solo una parte de la historia del agua. Para mantener llenos estos tanques de almacenamiento, un acueducto de 250 kilómetros salía de la ciudad serpenteando, y se abría hacia el norte y hacia el oeste para recoger el agua de las precipitaciones de las colinas tracias. Lo mismo que con el agua, la mecánica de la solución al problema de la alimentación estaba frente a los ojos de Teodorico: delante y a su izquierda estaban los dos pequeños puertos de la antigua ciudad griega, pero justo enfrente podía ver otros dos inmensos puertos construidos por los emperadores Juliano y Teodosio para recibir a las flotas con cargamentos de grano, cuyas entregas periódicas, procedentes especialmente de Egipto, alimentaban a la ciudad. Cada uno de los puertos estaba bordeado de enormes graneros donde se almacenaba la comida.

Es más bien dudoso, a mi entender, que los pensamientos de un godo de ocho años procedente de las ruinas de la Panonia provincial se ocupasen de los problemas logísticos de alimentación y abastecimiento de agua para 500.000 personas. Es mucho más probable que sus ojos estuvieran fascinados ante la asombrosa variedad de prístinos monumentos que empequeñecían cualquiera de las ruinas que había visto en casa o por el camino. Lo primero que vio fue la iglesia de los Santos Apóstoles de Constantino, lugar de enterramiento imperial que albergaba los cráneos de san Andrés, san Lucas y san Timoteo. El propio Teodorico era cristiano, por lo tanto esta aglutinación de poder sagrado estaba revestida de gran significado, y la construcción misma era también espectacular. En su camino pasó después por la columna triunfal con una estatua del emperador Marciano, conquistador de Atila, en lo alto (parte de la columna es todavía visible), y prosiguió hacia el Capitolio. Desde allí, girando a la izquierda, Teodorico llegó al corazón ceremonial de la ciudad donde una gran variedad de monumentos de mármol se sucedían unos a otros a ritmo desconcertante: el foro de Teodosio (hoy la plaza Beyazit), terminado con otra columna y estatua triunfal (del propio Teodosio, claro está), el inmenso complejo del arco de triunfo del Tetrápilón, el foro circular completado con el edificio del Senado, y finalmente el gran centro imperial del hipódromo, edificios palaciegos y las iglesias imperiales de la Santa Sabiduría y Santa Paz: Hagia Sofía y Hagia Irene. En 463 no eran las famosas iglesias abovedadas con este mismo nombre que todavía pueden verse en la moderna ciudad de Estambul, sino sus predecesoras: clásicas basílicas rectangulares con suaves techos a dos aguas sin cúpula alguna. La historia



Constantinopla en el siglo V

de cómo fueron sustituidas desempeña un papel importante en el capítulo 3, pero por ahora baste con reconocer lo impresionante que debió de ser todo aquello. Cuando Teodorico atravesó la Puerta de Charisius con su cabalgadura, la ciudad se mostró en toda su pompa, resplandeciente con sus fachadas de mármol, tejados de bronce y estatuas cubiertas de oro. El alcance del contraste con todo lo que había conocido antes sin duda debió de ser absolutamente desconcertante.¹²

Si uno ha tenido hijos, es natural pensar en Teodorico bajo la luz de los muchachos que uno conoce. Una rápida consulta a los archivos de mis propios chicos muestra que la estatura media de un muchacho de ocho años del Reino Unido a principios del milenio estaba en 128 centímetros y el peso en torno a veintiocho kilos. La mayoría de chicos de ocho años están equipados con un corto período de atención, abundante energía y una necesidad integrada de frecuentes aportes (en pequeñas cantidades) de estimulación, alimentos y afecto. Sin embargo, Teodorico era un príncipe de sangre (razonablemente) real, y por lo tanto bendecido (o no) con una educación que debió de prepararlo mejor que a la mayoría para la carencia emocional y exhibición pública que su nueva vida en Constantinopla le exigía.

En aquel momento era el niño de mayor edad de los tres hermanos, y posiblemente fuera esta la razón por la que fue enviado como garantía del tratado. Al parecer Valamer no tuvo ningún hijo varón (el psicólogo aficionado podría preguntarse si el hecho de que hubiera matado al abuelo de su esposa tenía algo que ver con esto), pero, aunque así fuera, el hecho no habría evitado que Teodorico fuera educado desde el inicio como líder potencial. En aquel entonces, el liderazgo de los godos de Panonia era compartido, entre Valamer y sus hermanos. No había primogenitura, y cualquier niño varón podía ser líder en un futuro. Además, el cargo era tan específico y tan peligroso que había que manejar muchas alternativas en caso de muerte prematura o de que el carácter de un determinado individuo no estuviese a la altura de la tarea. No se trataba solo de sentarse sobre un caballo en primera línea de batalla en el momento decisivo, sino que había que inspirar suficiente confianza a un gran número de varones dominantes para que le siguieran a uno con entusiasmo en la batalla. Esto no solo requería fuerza física y coraje personal, sino también aquel carisma contagioso que surge de la propia seguridad, junto con la suficiente capacidad intelectual para saber qué batallas hay que librar, y cuáles no, y cómo combatir las.

En estos contextos la sucesión raramente pasa de padre a hijo mayor. Los historiadores a menudo critican a los merovingios de la época por no desarrollar la primogenitura, puesto que la historia de la sucesión dinástica es en general la historia de reiteradas luchas intestinas. Sin embargo, esto es equivocar la cuestión. Tan solo puede tenerse progenitura cuando las características personales del hijo no son demasiado importantes; es decir, cuando el liderazgo no es tan personal y carismático. Las tropas no estarán dispuestas a entrar en combate dirigidas ni por un poeta, por ejemplo, ni (no más de una vez por lo menos) por un macho idiota por más grande y carismático que sea, pero que malgaste sus vidas en batallas desesperadas contra todo pronóstico. La mejor analogía de la sucesión en la Alta Edad Media que conozco nos la proporciona *El padrino*, donde los principales asistentes y líderes independientes de segunda fila como Tom Hagen, Luca Brasi y Peter Clemenza evalúan

cuidadosamente las cualidades de los diferentes hijos de Vito Corleone. Vale la pena pensar detenidamente cuáles son los mejores y los peores aspectos del mayor de los tres:

Sonny Corleone era fuerte, tenía valor, se mostraba siempre generoso, y era del dominio público que tenía un corazón muy grande, noble y a menudo tierno. Por desgracia carecía de la humildad de su padre, y su genio, pronto y vivo, le hacía caer a menudo en errores de apreciación. Si bien se le consideraba un excelente colaborador en los negocios de su padre, muchos dudaban de que este lo nombrara su heredero.¹³

Al final, el tercer hijo, mucho más callado pero más listo e igualmente valiente, resulta infinitamente superior a su carismático pero impulsivo hermano mayor, mientras que el hijo mediano carece de las cualidades para aspirar a entrar en liza. Liderar un grupo de guerreros, grande o pequeño, era una enorme responsabilidad, y los herederos potenciales estaban siempre vigilados.

Por consiguiente, es harto improbable que las condiciones de vida en el hogar de Teodorico tendiesen al sentimentalismo, incluso para un niño de ocho años. Sabemos que tenía hermanos, aunque se desconoce si habían nacido ya en 463. No obstante, es muy probable que fueran producto de distintas uniones. Incluso los líderes semirreales de bandas guerreras basaban sus uniones tanto en la necesidad política como en el afecto o el deseo, y a menudo se producían varias uniones simultáneas, tanto por matrimonio como por concubinato, según dictasen las circunstancias. A veces las cosas no salían como se había planeado. Según dicen, la princesa gépida Rosamunda asesinó a su marido, el rey lombardo Alboino, por alardear demasiado de haber convertido la calavera de su derrotado padre en una copa. No hay constancia de que Vadamerca albergase sentimientos de venganza hacia Valamer, pero incluso en los lugares donde la vida familiar de la realeza no era tan peligrosa, la tensión entre las esposas, las amantes y sus naturales ambiciones respecto a sus hijos hacía que la experiencia de crecer en una familia moderadamente real del siglo v estuviera a años luz de las costumbres y esperanzas de una familia nuclear moderna. Y esto sin tener en cuenta las tensiones entre los tres hermanos. Es posible que Valamer, Tiu-dimer y Vidimer acordasen compartir el poder durante sus vidas, pero ello no significa en absoluto que estuviesen de acuerdo en lo que había de suceder después (cualquiera que haya heredado de sus padres alguna cosa conjunta y después tiene que pensar en la voluntad de la siguiente generación, creo que puede reconocer la experiencia). Jordanes asegura que el padre de Teodorico no quería que Valamer lo usase como rehén, y esto tiene visos de realidad. El hermano mayor puede que quisiera quitarse de encima a su sobrino enviándolo a Constantinopla para que no pudiera establecer los lazos de respeto con el liderazgo de segunda fila que le convertirían en el heredero natural de la siguiente generación, y es posible que también con la esperanza de poder engendrar entretanto a sus propios hijos.¹⁴

Algunas de estas consideraciones puede que no den en el blanco, pero su trayectoria general es sin duda correcta. El que cruzó la Puerta de Charisius a caballo no era un niño de ocho años corriente. Debió de sentir alarma y ansiedad, pero su educación se había encargado de endurecerlo más de lo normal. No hay testimonio al-

guno de lo que hizo durante los diez años siguientes en Constantinopla, pero gracias a otros ejemplos de rehenes en las cortes imperiales romanas a lo largo de los siglos precedentes podemos inferir el tipo de programa disponible. A pesar de que Teodorico estaba allí para garantizar que los godos de Valamer respetaran el nuevo tratado, y la amenaza de ser ejecutado si no lo cumplían era muy real, la línea de pensamiento de los romanos respecto al rehén era mucho más ambiciosa. Para expresarlo más sucintamente, los romanos aspiraban a introducirse en la cabeza de los rehenes de la realeza para hacerlos más maleables y útiles a largo plazo. Tenían la esperanza de engendrar una genuina mezcla de respeto por las maravillas de la civilización romana y una admiración bien informada del poder imperial romano que, tras su regreso final a casa, el antiguo rehén introduciría en la política exterior de su grupo a favor de los intereses de Roma.

Aunque sin duda vigilado, pero rodeado de algunos de los miembros de su séquito, debió de recibir por lo menos parte del programa educativo estándar de un romano de clase alta (como menciona la carta a Anastasio). Después de todo, el plan a largo plazo era el de moldear sus opiniones, y qué mejor manera de implantar los valores romanos que mediante una educación romana. También debió de tener libertad de movimiento en la corte y por la ciudad, asistiendo a los circos, teatros, y a la iglesia, puesto que Constantinopla todavía gozaba de una comunidad eclesiástica claramente no nicena en aquellos momentos. Incluso puede que estuviera ligado al ejército romano en alguna que otra operación ocasional mientras se hacía mayor. En términos generales, aunque pendía sobre él aquella vaga sombra, ya que en realidad no dejaba de ser un rehén, tuvo la oportunidad de aprender acerca de todo lo romano, con la esperanza de que todo aquello le convirtiera en un socio fiable en caso de acceder al trono una vez de regreso a casa.¹⁵ No obstante, fueran cuales fuesen los detalles exactos del programa educativo al que estuvo sometido Teodorico, este fracasó estrepitosamente. Cinco años después de su regreso a Panonia, y todavía a sus veintipocos, volvió a las murallas de Constantinopla, esta vez al frente de un ejército de diez mil hombres. ¿Cómo ocurrió y qué salió mal en su educación?

SINGIDUNO

No hay estrategia que funcione siempre. Los seres humanos siempre pueden reaccionar de una de dos maneras extremas a cualquier estímulo: total aceptación o total rechazo. La mayoría responderá de forma intermedia entre estos dos puntos, escogiendo algunas ideas lanzadas en su dirección, pero rechazando otras. En el caso de Teodorico el Amal, los testimonios indican que estamos ante una reacción asombrosamente compleja: un individuo que valoraba el peso del poder imperial y las numerosas ventajas de las ideas y estructuras administrativas romanas. Al mismo tiempo, no se sentía en absoluto intimidado por lo que observaba, sino que calculaba cómo podían operar en su favor ciertos elementos de *romanitas* cuidadosamente seleccionados. Todo esto son deducciones, puesto que no existen diarios privados de Teodorico, pero el mensaje es evidente a partir de su posterior trayectoria.

Se desconoce por qué regresó a casa a los dieciocho años. Sin duda ya había crecido del todo, pero según la ley romana, la mayoría de edad se alcanzaba a los veinticinco años y no sabemos cuál podía ser la costumbre goda. Hay dos posibilidades básicas: o bien la fecha de regreso estaba especificada en el tratado original, o bien se generó por circunstancias más inmediatas. Si se trata de esta última posibilidad, se abren dos líneas de pensamiento. En primer lugar, a comienzos de la década de 470 Valamer había fallecido, muerto en una de las luchas por la hegemonía que empañan la historia de la región del Danubio medio después de Atila. Este acontecimiento no solo convirtió al padre de Teodorico, Tiudimer, en el líder más importante de los godos panonios, sino que hizo de Teodorico, como hijo primogénito, el más inmediato heredero, ya que Valamer no había tenido ningún hijo varón. La imperiosidad del regreso del chico es evidente.

No obstante, la muerte de Valamer debió de producirse a mediados de la década de 460, hecho que descartaría que esta fuera el desencadenante del regreso de Teodorico; por otro lado, a comienzos de la década de 470, se pusieron en marcha acontecimientos trascendentales en Constantinopla. Durante los veinte años anteriores, quien realmente ostentaba el poder de aupar a los reyes al trono era el general y patricio Aspar. Sus orígenes alanos le impidieron el acceso al trono, al parecer también según su criterio, pero los emperadores Marciano (probablemente en 450-457) y León I (a partir de 457) fueron sus candidatos y su supremacía dentro de Constantinopla era indiscutible. Gozaba de vínculos muy estrechos con el nutrido grupo de godos tracios que constituían gran parte de la base militar balcánica del imperio oriental y que le proporcionaban la influencia castrense que necesitaba, sobre todo en forma de tropas de guarnición en la capital, para enfrentarse a cualquier posible rival.

El emperador León puso fin a esto cuando empezó a conspirar por su independencia y utilizó a los líderes de las tropas isaurias recientemente reclutadas de las regiones montañosas del Tauro (en la moderna Turquía) para contrarrestar el poder de Aspar. Los principales reclutamientos de esta región habían comenzado en la década de 440, cuando el imperio necesitaba expandir sus fuerzas para rechazar a Atila, y, en la década de 460, las consecuencias políticas de este movimiento eran ya evidentes. El isaurio más prominente, Zenón (en griego Xenon, que significa ‘extranjero’ o ‘huésped’, como en la palabra «xenofobia»: ‘odio a los huéspedes’), aparece por primera vez en la deshonra del hijo de Aspar, Ardaburio, en 466, y después trepó rápidamente por la jerarquía militar, estableciendo los contactos necesarios a medida que avanzaba. En 471, el emperador y el isaurio estaban preparados para el enfrentamiento. Supuestamente presionado por Zenón, León hizo eliminar a Aspar en palacio, ganándose con ello el sobrenombre de Macelles el Carnicero. Este movimiento provocó una inmediata insurrección entre los godos tracios, que no debió de ser ninguna sorpresa. Sin embargo, como muchos en similares circunstancias, antes y después de él, León descubrió que confiar en que alguien le rescate a uno de una dependencia no deseada no es una buena estrategia. Zenón se había casado con la hija de León, Ariadna, y el hijo de ambos, León II, era el heredero del trono, por lo que una eminencia gris sustituyó a otra. La historia no explica si el Carnicero dormía más tranquilo por las noches.¹⁶

En medio de este caos Teodorico abandonó Constantinopla, posiblemente y en cierto modo debido a todo ello, y, aunque no fuera así, lo que en un principio habían sido dos secuencias independientes de acontecimientos, rápidamente se entrelazaron de forma inextricable a consecuencia de lo que nuestro godo principiante decidió hacer después. A su regreso a Panonia, la necesidad más inmediata de Teodorico era la de establecer cierta legitimidad como hijo de su padre y líder potencial del grupo. No es de extrañar que lo encontremos enseguida liderando una expedición de saqueo contra unos sármatas que ocupaban un territorio cercano a la antigua ciudad romana de Singiduno (la moderna Belgrado). Los sármatas habían sido violentos antaño, pero en la Antigüedad tardía se habían convertido en la víctima propiciatoria favorita de todos. En circunstancias similares, en el otoño siguiente a la traumática derrota de los romanos en Adrianópolis, el inminente emperador Teodosio I se cebó con los sármatas para mostrar que Dios estaba de su parte. Casi cien años después, Teodorico eligió a las mismas víctimas. Según Jordanes, siguiendo muy probablemente a Casiodoro, montó la expedición sin que su padre tuviera conocimiento de ello, pero no me creo ni una palabra de esto. Tras un período tan prolongado, y con tanto en juego ahora que Valamer había muerto sin descendencia masculina, padre e hijo tenían un mismo interés en establecer la credibilidad de Teodorico. El objetivo se alcanzó como estaba previsto con «los esclavos y el tesoro» de los sármatas, botín con el que regresó.¹⁷

Los sármatas no fueron los únicos debidamente sometidos, sino que también Singiduno fue un blanco apropiado. El recién llegado Teodorico, mucho más ambicioso, convenció a su padre de que las insurrecciones políticas generadas por el asesinato de Aspar ofrecían una oportunidad que no se podía desperdiciar, y que los godos panonios se apresuraron a capturar con las dos manos. Igual que con casi todas las «grandes» decisiones, la evidencia indica que había una amplia gama de motivaciones en juego. En primer lugar, su estancia en Constantinopla le hizo ver a Teodorico a la fuerza las limitaciones de la situación actual de los godos en Panonia. Estaban inmersos en una disputa intrarregional por el dominio con una serie de grupos altamente militarizados que habían surgido en la región a partir de lo que quedaba de la maquinaria de guerra de Atila: rugios, suevos, escirios, gépidos y alanos, por no mencionar a los pobres sármatas y a los contingentes de los verdaderos hunos bajo varios de los hijos de Atila. La artimaña de Atila había sido unificarlos a todos, más o menos, y conducirlos hacia una dirección romana, obteniendo grandes cantidades de lingotes de oro y otras riquezas, que, como hemos visto, aparecen tan abundantemente en la arqueología del período húnico de la región. No obstante, aunque esta entrada de nuevas riquezas en la zona no se frenó, sí que experimentó una rápida disminución cuando los grupos dejaron de actuar al unísono. Los nuevos conflictos intrarregionales que sustituyeron a las expediciones a larga distancia en busca de riquezas en suelo romano pronto se convirtieron en disputas por un botín cada vez menor (especialmente cuando la riqueza existente estaba enterrada con los muertos), pero igualmente cruentas. Valamer cayó precisamente en un ataque de aquellas batallas:

Cabalgaba al frente de la línea para animar a sus hombres, el caballo resultó herido y cayó, derribando a su montura. Valamer murió al instante atravesado por las lanzas enemigas.¹⁸

El hecho de que sus seguidores se vengasen con creces debió de aportar poco consuelo al rey que acababa de morir de forma tan desagradable. La perspectiva de continuar las interminables luchas por el dominio del Danubio medio, una batalla por el control de unas acciones a la baja, con una muerte terrible como resultado más probable, no le pareció a Teodorico una trayectoria demasiado fascinante. Constantinopla le había abierto los ojos a un mundo mucho más grande.

En particular, la revuelta de los godos tracios proporcionó al liderazgo de los godos panonios una razón para pensar que podría presentarse una ocasión propicia. Para comprender su naturaleza, es preciso comprender la posición altamente privilegiada que ocupaban los godos tracios dentro de la política romana oriental. Los soldados bárbaros no constituían de por sí ninguna rareza en el seno de los ejércitos romanos de cualquier zona. A partir de Augusto, por lo menos la mitad de la base militar imperial estuvo compuesta por no ciudadanos. Sin embargo, en la era romana tardía, se cerró un nuevo tipo de acuerdo según el cual se permitía a los contingentes no romanos asentarse en suelo romano y estar permanentemente alistados en el ejército bajo sus propios mandos, conservando un considerable nivel de autonomía política y legal (y posiblemente también cultural). Aquello suponía un acusado contraste respecto a períodos anteriores, en que los soldados bárbaros que estaban permanentemente en el ejército romano servían siempre bajo oficiales romanos, o cuando los contingentes bajo sus propios líderes eran refuerzos temporales para campañas concretas reclutados de los reinos clientes más allá de la frontera. Hay gran polémica acerca del momento en que entró en vigor por primera vez este nuevo tipo de organización, que creó grupos conocidos por los romanos como *foederati* (a menudo traducido por «federados», aunque el término es demasiado aproximado). Y aunque estos nuevos arreglos probablemente evolucionaron por etapas, puede argumentarse perfectamente que se desplegaron por primera vez y por completo para los godos tracios. Estos se originaron como grupo de súbditos húngicos extraídos del dominio de sus señores mediante una acción militar romana en Panonia en la década de 420, y reasentados en Tracia. Para los romanos el beneficio era doble: la fuerza militar de los hunos quedó sustancialmente reducida y, por consiguiente, la suya aumentó. Para los godos, el agresivo liderazgo de los hunos fue sustituido por una posición privilegiada dentro del estado romano oriental.

En la época en que Teodorico presenciaba todo aquello en la década de 460, esta relación estaba ya en su segunda y tercera generaciones, y las ventajas para los godos tracios eran evidentes. En primer lugar, la paga no era mala en absoluto. Si Valamer había podido sacar trescientas libras anuales de Constantinopla gracias al tratado que había enviado a su sobrino a la corte oriental, el líder de los godos tracios recibía siete veces aquella cantidad al año como pago por los servicios de sus partidarios. Por otro lado, los godos tracios estaban muy bien relacionados en la corte. A comienzos de la década de 470, su líder más destacado se llamaba también Teodorico; una coincidencia sorprendente, por no decir equívoca, podría argumentarse, si no fuera porque en gótico este nombre significa «Rey del Pueblo», por lo tanto, es un nombre apto para cualquier principito que se precie. En este caso, el Teodorico tracio viene equipado con un apodo, Estrabón, «el Bizco», que puede utilizarse para evitar confusiones. Sabemos que Estrabón era sobrino de la esposa

de Aspar, por lo que una alianza matrimonial vinculaba estrechamente el liderazgo tracio al gran patricio. También tenían fuertes lazos con una serie de altos funcionarios de la corte y abastecían parte de la guarnición de la ciudad. A diferencia de sus homólogos panonios, tampoco tenían que pasarse el tiempo rechazando a los suevos, escirios y otros en una fútil disputa acerca de una serie de activos húngaros en declive en el Danubio medio, y en lugar de ello ocupaban buenas zonas de asentamiento en la llanura tracia, con derechos territoriales reconocidos que complementaban su paga anual.¹⁹

Esta situación idílica fue bruscamente interrumpida por la inclinación de León por los isaurios y el asesinato de su líder. Se comprende perfectamente por qué se rebelaron. Como solía ocurrir en la política romana tardía, la caída de un personaje tan dominante como Aspar generó un período de gran inestabilidad política, y el liderazgo tracio debió de calcular que su revuelta contribuiría a socavar la posición isauria ofreciéndoles una senda de vuelta a los buenos tiempos. Con lo que no contaron fue con que el joven príncipe godo de Panonia se había apoderado de todos sus privilegios y detectado en la insurrección tracia una gran oportunidad para el propio ascenso. Por este motivo, la decisión de demostrar su coraje contra los sármatas de Singiduno tenía un significado más amplio, puesto que esta última, que Teodorico se negó a devolver al control imperial, era una encrucijada clave, cuyo control abría importantes rutas hacia el sur penetrando en los Balcanes romano-orientales (Figura 3). Teodorico había regresado a Panonia con el osado plan de que él y su padre habían de unir su proyecto y trasladar a suelo romano oriental todo su contingente, ofreciéndose como sustitutos directos de los tracios rebeldes. A finales del verano de 472, probablemente, los godos panonios se reunieron e iniciaron la marcha hacia el sur. La política de Constantinopla, de por sí bastante complicada en sus mejores momentos, estaba a punto de enredarse mucho más.

Esta decisión no se tomó a la ligera. La pura logística era ya descomunal. Teodorico y Tiudimer controlaban a más de diez mil guerreros, pero no era solamente un cuerpo de hombres armados los que se pusieron en marcha. Los nacionalistas del siglo XIX, revisando las acciones de los siglos IV al VI, vieron en grupos como los godos panonios a los «pueblos» ancestrales de las naciones europeas. Por consiguiente, los nacionalistas alemanes en particular solían depositar parte de sus ilusiones en la mezcla de lo que veían como virtudes morales particulares de su propia nación, y acabaron forjando una visión de grupos de hombres, mujeres y niños culturalmente homogéneos, libres e iguales, cerrados a los extranjeros, emprendiendo la marcha con aperos de labranza, animales y bailes folclóricos; naciones ancestrales en miniatura desplazándose, algunas de las cuales sobrevivieron a la marcha y fundaron reinos que perduraron, mientras que otras no lo consiguieron.

Durante las dos últimas generaciones de eruditos, se ha revisado ampliamente este retrato totalmente romántico. Se ha generado cierto consenso, pero también puntos de continua discrepancia. En mi opinión, existe consenso en dos aspectos. En primer lugar, que los grupos guerreros no estaban formados por iguales. Las fuentes narrativas contemporáneas nos muestran que por lo menos había dos grupos jerarquizados entre los guerreros, y esto queda confirmado por materiales legales más o menos contemporáneos, que describen clases armadas libres o medio libres e indican

que además había esclavos desarmados (lo que no nos pueden proporcionar los códigos legales es la proporción total de población perteneciente a cada uno de los rangos de los grupos). En segundo lugar, y esto refleja un cambio radical en la forma en que se han entendido las afiliaciones grupales de seres humanos individuales en el período de posguerra, todo el mundo coincidiría en que era totalmente posible que los individuos cambiaran la identidad de su grupo a lo largo de su vida. En consecuencia, la vieja visión de estos grupos como minúsculas y ancestrales protonaciones culturalmente homogéneas hace aguas.

Aun así, quedan todavía otros dos aspectos altamente polémicos. Primero, el hecho de que algunos individuos cambiaran manifiestamente sus afiliaciones ¿significa acaso que las entidades más amplias que encontramos en las fuentes narrativas (como los godos panonios) no tenían ninguna identidad grupal en absoluto? Una respuesta negativa significaría que nunca fueron más que aglomeraciones cambiantes y flexibles de guerreros dispares. Segundo, y de hecho está estrechamente relacionado, ¿estaban estos grupos constituidos únicamente para fines militares, o acaso eran los guerreros parte de una sociedad más amplia dedicada también a la agricultura y otras actividades?

Resulta extremadamente difícil dilucidar dónde podría hallarse el consenso cuando uno es parte implicada en los debates, como es mi caso. La cuestión no está zanjada, pero, si sirve de algo, expondré mi criterio sobre este tema, porque la línea que uno adopte al respecto dictará por completo lo que uno vislumbra que partió de Hungría en 472 siguiendo las carreteras romanas en dirección sur hasta los Balcanes. En orden inverso: una vez en los Balcanes romanos, las posiciones negociadoras del mando de los godos panonios y de los representantes imperiales enviados a parlamentar asumieron explícitamente que cualquier resolución de sus relaciones implicaría la cesión a los godos de tierras de labranza en suelo romano, que los propios godos explotarían. Dicho de otro modo, además de guerreros eran también campesinos. Esto parece bastante lógico. Un número de guerreros especializados superior a diez mil solo puede existir en el contexto de una economía desarrollada, en la que la población campesina no combatiente produce el suficiente excedente de riqueza para alimentarlos, vestirlos y armarlos. Las economías agrarias no romanas no son tan productivas, y sabemos que los reyes no romanos de los siglos IV y V mantenían séquitos de guerreros especializados de tan solo unos pocos centenares, no de varios miles de hombres.

Tampoco puede deducirse que, solo porque algunos individuos cambiaran de alianza, los grupos entre los que se movían no tuvieran una verdadera solidez. Lo que aquí importa son las reglas y las normas que regulaban la entrada y posterior comportamiento de los individuos en movimiento. ¿Está la afiliación abierta a todos, gozan los nuevos miembros de plenos derechos en el seno del grupo? ¿Implica la afiliación responsabilidades a la vez que privilegios? El hecho de que en los grupos hubiera de forma manifiesta guerreros de nivel superior e inferior, por no mencionar a los esclavos, pone de relieve que la afiliación no era en absoluto una cuestión de elección personal sin restricciones, a menos que pensemos que muchos miles de individuos de la Europa del siglo V simplemente querían ser esclavos. Por consiguiente, yo argumentaría que por lo menos las élites de guerreros de estatus superior

dentro de cada grupo sí tenían un fuerte sentimiento de identidad *política* de grupo (aunque ignoro si tenían también las mismas costumbres y bailes folclóricos tal como imaginaban los nacionalistas del siglo XIX), no obstante, como cualquier identidad, incluso esto podía cambiar en las circunstancias propicias. Sin embargo, paralelamente, los guerreros de estatus inferior y sobre todo los esclavos tenían mucho menos interés en la existencia de su grupo, de tal manera que la fuerza de la afiliación individual a la identidad del grupo disminuía drásticamente a medida que se descendía en la escala social.²⁰

En cualquier caso, el posicionamiento de uno frente a estos debates configura el propio criterio de lo que podían parecer los godos panonios en su marcha. Sabemos que el grupo incluía a muchos no combatientes y una caravana de unos dos mil carros, por lo menos. Para los pretendidos revisionistas, que los ven como un grupo esencialmente espontáneo de guerreros, dicha caravana estaba formada por los habituales seguidores que asistían a los ejércitos premodernos, entre los que había numerosas mujeres, esposas y prostitutas, junto con los hijos, cocineros, barberos, animadores y Dios sabe qué más. No obstante, en mi opinión, el hecho de que las estructuras económicas del entorno (y esta es la gran diferencia entre la Europa del siglo V y la Europa premoderna o incluso de la Alta Edad Media) no pudieran mantener a grandes grupos de guerreros especializados, el énfasis diplomático en la necesidad de encontrar tierras de labrantío, y el hecho de que la afiliación al grupo de nivel superior no estuviera abierto ni por asomo a los recién llegados, plantea un modelo hartamente diferente. En vez de parecer uno de los primeros ejércitos modernos marchando hacia la guerra con su tren de equipaje, en mi opinión los godos panonios debían de estar mucho más próximos al aspecto que ofrecían las caravanas de los bóers en su gran travesía hacia el norte lejos del dominio imperial británico: una multitud de granjeros-combatientes y sus familias, junto con todas sus pertenencias. Según este modelo, el grupo consistiría en un elevado número de no combatientes, con una distribución de edad más «normal», y enfrentado a una necesidad mucho mayor de llevar consigo todo lo relacionado con la labranza y también armamento, junto con importantes provisiones de alimentos.

Si la simple logística implicaba que la decisión de trasladarse a cualquier parte no podía tomarse a la ligera, no hay duda de que en este caso todo giraba en torno a la política. Los guerreros de alto estatus tenían que estar convencidos de que las posibles oportunidades que ofrecía la caótica situación de Constantinopla eran lo bastante atractivas y prometedoras para que valiera la pena realizar aquel tremendo esfuerzo. Una vez más, el contexto general acudió en ayuda de Tiudimer y de Teodorico. Es un hecho demostrado que los grupos de población con una tradición histórica de migraciones están más dispuestos que otros grupos semejantes más asentados, incluso si esta historia migratoria se ha saltado una o dos generaciones, a utilizar sus movimientos como estrategia de progreso, y por lo menos las élites guerreras, el grupo clave al que había que convencer, tenían una larga tradición migratoria. Descendían de poblaciones de godos que habían realizado largos recorridos, quizás en varias etapas cortas, desde las orillas del Báltico hasta el mar Negro en el siglo III y comienzos del IV, y desde el este de los montes Cárpatos hasta la Hungría del Danubio medio a finales del siglo IV y en el siglo V.

ÍNDICE

<i>Lista de ilustraciones</i>	9
<i>Lista de mapas y figuras</i>	11
<i>Prólogo</i>	13

PARTE I «UNA COPIA DEL ÚNICO IMPERIO»

1. <i>Gens purpura</i>	21
2. Un filósofo de púrpura	61

PARTE II «EL CONQUISTADOR DE MUCHAS NACIONES»

3. «Por la autoridad de Dios»	103
4. Rumbo a Bizancio.	143

PARTE III EL PADRE DE EUROPA

5. Navidad, 800	187
6. «El centro no puede resistir»	219

PARTE IV SEGUNDA VENIDA

7. Carlos el Grande y León el papa	259
8. <i>Habemus papam</i> : despegue papal	299

Epílogo. El padrino (parte III)	343
<i>Notas</i>	351
<i>Fuentes primarias</i>	373
<i>Bibliografía</i>	375
<i>Agradecimientos</i>	389
<i>Índice analítico</i>	391